

## 2

Marcos todavía no estaba desfallecido cuando tomó la decisión de escribir, y no de morir. Fue cuando supo que su suerte no estaba en su voluntad, sino en su destino. El arrojo solo podía servirle para sobrevivir, para soportar la deriva al máximo, hasta que se consumiese definitivamente.

Las horas hacinados en el mar se iban sucediendo como si deshojasen margaritas, arrancándole lentamente pétalos de esperanza a su porvenir. A veces creían que sobrevivirían, que avistarían otro pesquero o algún buque mercante de los miles que surcaban los océanos. Gritarían, sacudirían sus camisas y chilabas,<sup>2</sup> incluso alguno hasta sería capaz de lanzarse a nadar extenuado. Otras pensa-

2. Prenda de vestir con capucha, hasta los pies, muy utilizada por los árabes.

ban que su fortuna sería la del vientre del océano o de los tiburones, y que serían engullidos para siempre en el olvido.

Las horas eran lentas, y se aturdían de delirio. Por eso Marcos Mbá Obama se había decidido a escribir, a contar su historia y la de todos sus hermanos de adversidad. En su mochila conservaba los cuadernos que su madre le había entregado antes de partir, con la humedad de la tormenta ya reseca y con algunas impresiones del camino hacia Mauritania. Durante su largo itinerario por África, había trazado algunos paisajes y dibujado sentimientos nuevos. Pero los cuadernos hacía muchos días que, como él, se mecían prácticamente vacíos y sin destino.

Sin embargo, aquella mañana con el sol como un diamante dorado y el mar invitándolo a un baño reconfortante, por fin se había decidido. Su hermano Gustavo descansaba junto a él, derrotado, entregado al hambre y a la sed, pero todavía bien anclado a la vida como para entreabrir sus ojos negros y henchirlos de una sorpresa extraña.

—¿Escribir? ¡Hay que tener ganas, Marcos!

Gustavo no lo quiso decir, pero Marcos lo entendió perfectamente: incluso podían no llegar o pasarse. La dirección exacta ahora dependía de la suerte, y era mejor no pensar. Había que confiar en Abdallahi, y en la buena suerte.

Una buena suerte que aquel mismo día, según le pareció a Marcos entonces, comenzó a cambiar. Un punto destellante en el horizonte fue adquiriendo lentamente la forma de un barco que parecía navegar en su mismo rumbo, aunque todavía distante.

Los que dormitaban comenzaron a despertar, y aquel ramillete negro flotando hacia las Canarias comenzó a clamar para que Abdallahi intentara acercarse a él. Existía la posibilidad de que fuese una patrullera marroquí, pero era un riesgo que debían correr, aunque solo fuese para comprobar su posición.

Abdallahi orientó su timón hacia aquel horizonte. Podían no llegar a alcanzarlos nunca, por eso mismo instó a los tripulantes a que agitaran ropa blanca. El velero retumbaba en el agua. Avanzaba como una flor de pistilos negros y péta-

los anacarados sacudiéndose al sol, flotando sobre la alfombra marina. Hasta que la imagen de la embarcación fue más nítida y observaron que disminuía su velocidad y, vagamente, oyeron el clamor de una sirena.

Todos dieron un grito de júbilo, menos Hassan Ahmat, que se recluyó en un silencio culpable que a nadie molestó. En aquel instante, a Marcos le dio por pensar que quizá se tratase de una dádiva del Atlántico, un océano que había acallado su ira gracias al sacrificio de Víctor e Irineo y que ahora mostraba su rostro más bueno otorgándoles una oportunidad quizá definitiva para alcanzar su libertad.